

## La fe de Moisés (11:23-29)

### La fe que experimenta el poder milagroso de Dios, o El triunfo de la fe v. 29

#### Introducción:

En el verso 29 el autor de la carta a los Hebreos presenta el último acto de fe de Moisés, que toma como ejemplo para todos los creyentes. Y este acto de fe tiene como propósito enseñarnos que la fe que abandona al mundo y sus placeres por seguir a Cristo y su vituperio; que la fe que descansa, no en la justicia propia, sino en la de Cristo, la cual ha sido ganada para nosotros por su muerte en Cruz; esa fe que es sobrenatural, también produce resultados sobrenaturales y triunfa sobre todas las pruebas que vengan en este mundo hostil.

Moisés había triunfado sobre su propia carne, al negarse a sí mismo, dejando los deleites del mundo e identificándose con los sufrimientos del pueblo de Dios. Su fe había triunfado cuando no tuvo temor del Rey y abandonó Egipto; su fe había triunfado cuando celebró la pascua y a través de ella Dios les dio la liberación; pero ahora vendría una dura prueba en medio de la felicidad del éxodo.

En este pasaje nuestro autor quiere recordarnos que la fe perseverante siempre estará siendo probada en esta tierra; que cada vez vamos escalando en la fortaleza de la fe y en sus logros espirituales, pero nunca llegaremos al punto de tener una super-fe de tal manera que no vengan pruebas.

Moisés ha estado escalando en su vida de fe; los logros han sido muy notorios, pero todavía debe escalar un poco más, y la única forma de hacerlo es a través de las pruebas.

Pero también algo maravilloso que nos enseña nuestro autor sagrado es que la fe sobrenatural, que es posesión de los verdaderamente salvos, produce resultados sobrenaturales. Como dice Arthur Pink: “La verdadera fe en Dios tiene el poder de producir actos sobrenaturales, de superar las dificultades que de manera natural no podrían superarse, de soportar las pruebas que son demasiado grandes para que la carne y la sangre puedan soportarlas”<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Pink, Arthur. An exposition of Hebrews.

[http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews\\_075.htm](http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_075.htm) (Octubre 20 de 2011)

En nuestro pasaje vemos el contraste entre la fe y la incredulidad. La fe supera las pruebas más difíciles y sigue la senda de la vida; mientras que la incredulidad, así trate de usar las bendiciones que dieron la victoria a los creyentes, solo encontrará el juicio de Dios.

*“Por la fe pasaron el Mar Rojo como por tierra seca; e intentando los egipcios hacer lo mismo, fueron ahogados” v. 29*

En éxodo capítulo 14 encontramos la narración de la historia en la cual se basa nuestro autor para mostrar la fortaleza de la fe Moisés.

¿Cuál fue la prueba de la fe en el cruce del Mar Rojo? La narración del Éxodo nos cuenta que, una vez Moisés y el pueblo de Israel salieron de la tierra de Egipto, urgidos por el mismo Faraón, y enriquecidos por las generosas donaciones en materiales preciosos y joyas que recibieron de los egipcios; el Señor volvió a endurecer el corazón del rey e hizo que saliera en persecución del pueblo escogido: *“Y fue dado aviso al rey de Egipto, que el pueblo huía; y el corazón de Faraón y de sus siervos se volvió contra el pueblo, y dijeron: ¿Cómo hemos hecho esto de haber dejado ir a Israel, para que no nos sirva? Y unció su carro, y tomó consigo su pueblo; y tomó seiscientos carros escogidos, y todos los carros de Egipto, y los capitanes sobre ellos. Y endureció Jehová el corazón de Faraón rey de Egipto, y él siguió a los hijos de Israel; pero los hijos de Israel habían salido con mano poderosa. Siguiéndolos, pues, los egipcios, con toda la caballería y carros de Faraón, su gente de a caballo, y todo su ejército, los alcanzaron acampados junto al mar, al lado de Pi-hahiroth, delante de Baalzefón”* (Éx. 14:5-9).

Para entender bien la prueba de la fe de Moisés, miremos el cuadro de lo que está sucediendo: Moisés va dirigiendo a un pueblo de más de dos millones de personas que han sido esclavos por varios siglos y ahora se dirigen a una tierra promisoría y fructífera, donde habitarán para siempre disfrutando de la presencia de Su poderoso Dios. El responsable de este inaudito éxodo es Moisés, quien fue enviado por Dios para tal fin.

Dirigir una nación o una ciudad desde una sede de gobierno, rodeado de ministros o funcionarios públicos que le ayudan a gobernar, y contando con un presupuesto estable, es una cosa; pero algo muy distinto es guiar a un pueblo de dos millones de personas, a través de un desierto, sin provisión alguna, ni recursos económicos, ni funcionarios públicos que

ayuden a gobernar y sin un ejército que los defiendan. Realmente la osadía del viaje a través del desierto con tantas personas bajo su cargo requería el ejercicio de una fe muy profunda en el Dios que le había hablado.

Pero el asunto se complica muchísimo más cuando deben enfrentarse con que el camino escogido es un estrecho obstaculizado por un mar: el Mar Rojo. Algunos investigadores han concluido que Dios guió al pueblo de Israel hacia un profundo barranco en medio del desierto, el cual conduce al Mar Rojo. De manera que el pueblo al introducirse en ese barranco y seguir derecho, lo único que encontrarían era el mar. El Faraón se enteró de que estaban atrapados en ese barranco y entonces es azuzado por su malvado corazón y los perversos consejeros de la corte para que salga de inmediato con toda la furia destructiva de su gigantesco ejército. Él no desaprovecha la oportunidad de vengarse de Moisés por la muerte de su hijo y la vergüenza que le hizo pasar con todas las plagas; y sale en su segura destrucción.

Cuando el pueblo de Israel se da cuenta que no puede seguir caminando porque el mar se los impide, entonces miran hacia atrás, tal vez con el fin de devolverse por el mismo camino y salir del barranco en el que se encuentran atascados, y se dan cuenta que el gran ejército del Faraón los viene persiguiendo. Estaban literalmente atrapados. Según la razón humana no había escapatoria de una muerte atroz. Ellos mismos, guiados por Moisés, se habían tendido una trampa y estaban encerrados como indefensos corderos listos para ser devorados por las fieras del campo.

Por un lado tenían al poderoso ejército del Faraón, de manera que no podían salir del barranco, pero por el otro lado estaba un profundo y extenso mar. El Mar Rojo es un golfo o cuenca del océano Índico. Tiene unos 2.200 kilómetros de largo y en su parte más ancha mide 335 km. Su máxima profundidad es de 2.130 m. Es muy probable que los Israelitas se hubiesen encontrado atrapados frente a una de las partes menos profundas del mar, es decir, unos 100 m de profundidad. En esta zona algunos científicos han encontrado restos de ruedas de carros de guerra egipcios enterrados en el lodo del lecho marino<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Ver la página <http://www.fortunecity.com/meltingpot/oxford/1163/id17.htm> Ron Wyatt muestra fotos de las ruedas de carruajes de guerra encontrados en el lecho del Mar Rojo.

Pero ahora imaginémonos a Moisés. Es el guía, el responsable humano de haber iniciado una de las movilizaciones más grandes de personas en la historia de la humanidad. Él había sido advertido por algunas personas de que no cometiera una locura promoviendo el deseo de libertad en el pueblo, para luego conducirlos a la muerte. Ahora se encuentra que él y su pueblo no están a las puertas de la Santa Sión, sino a unos metros de la muerte. Si se introducen en el mar, todos morirían ahogados, pues, en la parte más llana medía 100 m de profundidad, y por el otro lado vienen los egipcios dispuestos a darles muerte.

Esta es una verdadera prueba para la fe. Parece no haber salida. Aquí se necesita un milagro de lo alto, y no cualquier clase de milagros, sino uno realmente portentoso.

La fe de Moisés es probada cuando empieza a escuchar a los hombres, mujeres y niños clamar con rostros angustiados, esperando la indefectible muerte. Todos se agolpan tratando de protegerse, y los líderes protestan con voz áspera y rostro verdaderamente enojado en contra de Moisés por haberles conducido a la muerte. Moisés debió pasar por un momento de tormento al escuchar casi dos millones de voces reclamándole por la “estupidez” que había cometido al conducirlos por ese camino. Los ánimos estaban en el punto más sensible, todos eran presa del miedo y grandes clamores se escuchan en medio del desierto.

Pero de manera sorprendente hay una persona que puede ver más allá de lo aparente, que tiene la certeza de lo que se espera y la convicción de lo que no se. Solo Moisés, y tal vez unos pocos más, puede ver, no un profundo mar, sino un valle en medio del desierto. Solo Moisés pudo ver, así como el profeta Eliseo cuando era perseguido por el ejército del rey de Siria, que más eran los que estaban a favor del pueblo que los estaban en contra. Moisés se había adiestrado en las disciplinas de la fe perseverante y él sabía, tenía la convicción, de que si Dios les había dicho que los libraría del ejército del Faraón, entonces ni el mismo profundo mar podría ser un obstáculo para que la voluntad de Dios se cumpliera.

Es así como Moisés saca fuerzas en medio de la más grande adversidad y anima al pueblo temeroso diciéndoles: *“No temáis, estad firmes, y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros; porque los egipcios que hoy habéis visto, nunca más para siempre los veréis. Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos”* (Éx. 14:13-14). Moisés casi

está cantando un precioso himno de victoria en medio de un pueblo angustiado de corazón. Solo los salvos, los que tienen la verdadera fe perseverante, los que se han adiestrado en las disciplinas de la fe, pueden ver la poderosa salvación de Dios más allá de las tragedias, dificultades y vicisitudes de la vida.

Cuando la fe de Moisés flaqueó, la palabra del Señor vino nuevamente para fortalecerle: *“Entonces Jehová dijo a Moisés: ¿Por qué clamas a mí? Di a los hijos de Israel que marchen. Y tú alza tu vara, y extiende tu mano sobre el mar, y divídelo, y entren los hijos de Israel por en medio del mar, en seco”* (Éx. 14:16). ¡Qué sencillo! Moisés solo debía decirle al pueblo que no se detuvieran, que caminaran y se introdujeran en el profundo mar; él solo debía levantar su vara y dividir el mar en dos. Estos son los mandatos que debe obedecer la fe. Realmente no son nada sencillos, pero la fe cree en el poder de aquel que da la orden, y simplemente obedece, esperando que se dé lo que de manera natural sería absurdo: que unos huesos secos cobren vida y se llenen de carne solo por escuchar la predicación de la Palabra, que las huestes de Satanás retrocedan frente a un humilde cristiano que resiste la tentación a través de recordar la Palabra de Dios, que una montaña se traslade de un lugar a otro, que un mar se divida en dos.

A pesar de la presión adversa a la fe que ejercía el momento, la gente y la difícil situación; Moisés imitó la vida de fe de sus antepasados Abraham, Isaac y Jacob, de manera que habló con firmeza y convicción al pueblo ordenándoles que caminaran hacia el mar; él extendió sus manos sobre las aguas y Jehová hizo que a través de un recio viento oriental se abriera un camino seco en medio del mar.

A través de la fe se alcanzó lo que parecía imposible, se logró algo que nunca se había visto hasta entonces: que un numeroso pueblo caminara a través del lecho marino, rodeado de gigantescas murallas de aguas, las cuales, como atrapadas en féreos vidrios, no destilaban ni una sola gota, de manera que el piso se conservaba totalmente seco. A través de la fe el pueblo pudo ver la mano poderosa del Señor que los libraba de un inminente peligro, y les concedía el poder continuar caminando rumbo a la tierra de la bendición.

Cuando el autor sagrado dice *“por la fe pasaron el Mar Rojo”* ¿a cuál fe se refiere? ¿A la de Moisés? ¿A la del pueblo? ¿A la fe de quien? Indudablemente no se refería a la fe de

todo el pueblo, pues, todos ellos, exceptuando a Moisés, Josué y Caleb; murieron en el desierto a causa de su incredulidad. El autor de Hebreos en el capítulo 3 verso 16 dice: “*¿Quiénes fueron los que, habiendo oído, le provocaron? ¿No fueron todos los que salieron de Egipto por mano de Moisés?*” De manera que la mayor parte del pueblo no creía, se mantuvieron siempre en incredulidad, rebeldía y murmuración contra Dios. Incluso, cuando el pueblo se vio en estrecho, pues, por un lado estaba la imposibilidad de atravesar el Mar Rojo y por detrás el furioso ejército del malvado Faraón que los venía a destruir, la respuesta fue de incredulidad y murmuración: “*¿No había sepulcros en Egipto, que nos has sacado para que muramos en el desierto? ¿Por qué has hecho así con nosotros, que nos has sacado de Egipto? ¿No es esto lo que te hablamos en Egipto, diciendo: Déjanos servir a los egipcios? Porque nos fuera servir a los egipcios, que morir nosotros en el desierto*” (Éxodo 14:11-12).

Así que, la fe de cual se hace mención en este versículo es necesariamente la fe de Moisés. Siendo él el líder o el guía escogido por Dios, a través de la fortaleza de su fe en el Señor se alcanzó la victoria de atravesar en seco el Mar Rojo. Con el transcurrir del tiempo, los jóvenes Josué y Caleb serían influenciados poderosamente por el ejemplo de fe de Moisés y alcanzarían también una creencia poderosa en Dios.

Aquí vemos cómo la fe de un padre, o de una madre, o de un hermano, o de un amigo, puede ser un poderoso instrumento utilizado por Dios para bendecir e impactar a aquellos que todavía no la tienen. En el Nuevo Testamento encontramos otro ejemplo de cómo la fe de una sola persona puede ser instrumento para dar liberación o salvación de problemas, aunque sea solo temporal, a otras personas. Pablo, el apóstol, viajaba en un barco para Roma, el cual fue sacudido por una fuerte tempestad de varios días, ocasionando la destrucción del mismo. Luego de varios días en los cuales la tripulación y todos los pasajeros lucharon en contra de la tempestad, y habiéndose agotado sus fuerzas y sus esperanzas, fueron confortados por la fe en Dios de Pablo: “*Entonces Pablo, como hacía ya mucho que no comíamos, puesto en pie en medio de ellos, dijo: Habría sido por cierto conveniente, oh varones, haberme oído, y no zarpar de Creta tan sólo para recibir este perjuicio y pérdida. Pero ahora os exhorto a tener buen ánimo, pues no habrá ninguna*

*pérdida de vida entre vosotros, sino solamente de la nave. Porque esta noche ha estado conmigo el ángel del Dios de quien soy y a quien sirvo, diciendo: Pablo, no temas; es necesario que comparezcas ante César; y he aquí Dios te ha concedido todos los que navegan contigo. Por tanto, oh varones, tened buen ánimo; porque yo confío en Dios, que será así como se me ha dicho. Cuando comenzó a amanecer, Pablo exhortaba a todos a que comiesen, diciendo: Este es el decimocuarto día que veláis y permanecéis en ayunas, sin comer nada. Por tanto, os ruego que comáis por vuestra salud; pues ni un cabello de la cabeza de ninguno de vosotros perecerá. Y habiendo dicho esto, tomó el pan y dio gracias a Dios en presencia de todos, y partiéndolo, comenzó a comer. Entonces todos, teniendo ya mejor ánimo, comieron también”* (Hch. 27:21-25; 33-36). Estas personas fueron libradas de la muerte en el naufragio del barco, no por la fe que ellos tenían, sino a través de la fe del apóstol, para quien Dios tuvo misericordia, concediéndole también prolongarla para con sus compañeros de viaje. En muchas ocasiones los hijos de Dios pasamos por las mismas tribulaciones y angustias que el resto de mortales. Podemos padecer junto con el resto catástrofes, pestes u otras adversidades, pero algo que siempre caracterizará a la persona de fe es que no cae en la desesperación, ni se deja llevar por la situación de manera que entre en una profunda depresión o en el pánico.

La fe nos lleva a confiar en el cuidado de Dios, y esta confianza afecta positivamente a los que nos rodean. La fe nos lleva a creer con convicción que Dios nos protegerá en sus poderosas manos:

*“1. El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Omnipotente. 2. Diré yo a Jehová: Esperanza mía, y castillo mío; Mi Dios, en quien confiaré. 3. El te librá del lazo del cazador, de la peste destructora. 4. Con sus plumas te cubrirá, Y debajo de sus alas estarás seguro; Escudo y adarga es su verdad. 5. No temerás el terror nocturno, Ni saeta que vuele de día, 6. Ni pestilencia que ande en oscuridad, Ni mortandad que en medio del día destruya. 7. Caerán a tu lado mil, Y diez mil a tu diestra; Mas a ti no llegará. 8. Ciertamente con tus ojos mirarás Y verás la recompensa de los impíos. 9. Porque has puesto a Jehová, que es mi esperanza, Al Altísimo por tu habitación, 10. No te sobrevendrá mal, Ni plaga tocará tu morada.”* (Sal. 91:1-10)

Moisés es un tipo de Cristo, y en este acto de fe, aprendemos que nuestro líder, Jesús, de una manera más perfecta que en Moisés, habiendo tomado nuestra carne como su morada e identificándose con nosotros en nuestras debilidades, pero sin pecar; él toma el mando de

su pueblo y con voz de autoridad y confianza nos dice: “*No temáis, manada pequeña, porque a vuestro padre le ha placido daros el reino*” (Lc. 12:32). Él es nuestro capitán y a su orden marcharemos sin titubear en pos de la conquista del reino, y si encontramos en nuestro caminar profundos mares, ejércitos enemigos crueles, no temeremos, porque él dijo: “*Y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén*” (Mt. 28:20). Y si él está con nosotros, entonces los mares profundos se convierten en planos valles, los furiosos ejércitos, en simples enjambres de moscas.

Ahora, continuando con el análisis del verso 29, vemos, en segundo lugar, el contraste entre la fe de Moisés y la incredulidad de los egipcios. “*e intentando los egipcios hacer lo mismo, fueron ahogados*”.

Los israelitas tuvieron fe al obedecer las instrucciones que Dios les daba a través de Moisés, y en consecuencia fueron librados de la muerte. Los egipcios eran incrédulos y no estaban interesados en escuchar la Palabra de Dios, por lo tanto recibieron la muerte. Esta es una lección importante para los dubitativos creyentes hebreos, los cuales estaban siendo persuadidos para que dudaran de la palabra del Evangelio de Jesucristo. Si ellos no escuchaban al evangelio y no lo obedecían, entonces el resultado para sus almas sería funesto, tal y como se expresó en cada una de las terribles exhortaciones que contiene la epístola.

Los egipcios, enceguecidos por su ira en contra de los fugitivos esclavos, no se percataron que el Dios que lucha por Israel estaba sosteniendo con su poder las murallas de aguas que rodeaban el camino seco en el lecho marino; ellos fueron tan tontos de pensar que ese mismo Dios que estaba salvando a su pueblo, mantendría las murallas de aguas en su lugar para darles paso y así matar a los israelitas. La incredulidad es necia y entontece la razón de los hombres.

Lo que había sido un canal para la liberación de los israelitas creyentes, se convirtió en la tumba de los enemigos. De esta manera se nos muestra que todos los intentos que los incrédulos hacen para obtener los beneficios de la fe son completamente inútiles y están condenados al fracaso.

Los egipcios trataron de caminar a través de la senda de las bendiciones que Dios había dado a Su pueblo, pero la incredulidad jamás podrá disfrutar en plenitud de las gracias que son dadas solamente a los hijos, porque ninguna verdadera bendición procederá de la incredulidad, pues, *“sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan”* (Heb. 11:6).

“Aquel camino que fue provisión de Dios por la fe, es lazo de tentación a los incrédulos egipcios. Lo que fue olor de vida para los creyentes se convirtió en olor de muerte para los incrédulos. Tratar de entrar en el camino de las bendiciones de Dios sin la dependencia de la fe, es revertir en maldición las bendiciones, por lo que Dios destruyó bajo el mar, en el camino aparentemente seguro a los perseguidores, actuando así a favor de Su pueblo. Dios fue exaltado en alabanzas porque fue Él quien echó al mar el jinete y el caballo (Ex. 15:1)”<sup>3</sup>.

### **Aplicaciones:**

- En este estudio hemos aprendido que el pueblo de Israel caminó en medio del mar y salió bien librado, porque ellos obedecieron en fe el mandato divino. Pero los egipcios, intentando hacer lo mismo, fueron ahogados. Aquí aprendemos algo muy importante respecto a la diferencia entre fe y presunción. “La misma acción puede ser adecuada y exitosa, o presuntuosa, fanática y desastrosa, de acuerdo con la presencia o la ausencia de Dios. <Con Dios, sobre el mar; sin Él, ni aún sobre el umbral>”<sup>4</sup>. Debemos tener cuidado en confundir la fe con la presunción. Actuamos por fe cuando obedecemos los claros mandatos de Dios que han sido dados para nosotros, actuamos con presunción cuando tomamos un texto bíblico que no tiene una promesa para nosotros hoy día y con base en él nos atrevemos a hacer algo.

- La verdadera fe en Dios permitirá que el cristiano pase por pruebas y dificultades que han destruido a miles de personas, pero que a su debido tiempo le conducirá al disfrute de la felicidad perfecta. Se requirió de fe no solo para entrar al camino seco abierto en medio del

---

<sup>3</sup> Pérez, Samuel. Comentario exegético al texto griego del Nuevo Testamento. Hebreos. Página 674

<sup>4</sup> Taylor, Richard. Comentario Bíblico Beacon. Hebreos hasta Apocalipsis. Página 153

mar, sino también para transitar todo el camino, pues, aunque el piso estaba seco, sus orillas eran gigantescas olas marinas que amenazaban con desbordarse y causar una dantesca inundación. Se requirió de mucha fe para caminar toda esa senda con un peligro latente. De la misma forma los cristianos caminamos en medio de los muros de tentación, de pecado, de maldad, de orgullo y vanagloria. Además, aunque nuestro corazón está confiado en el poder del Señor, tenemos que mantenernos cultivando la fortaleza de la fe, para no desmayar ante las adversidades de la vida, el desgaste de nuestro cuerpo, el sufrimiento que nos causa vivir en este mundo y las luchas que debemos enfrentar. Aunque lleguemos a estar en situaciones tan desesperadas y estrechas, al punto que pensemos que ya no hay salida y las aguas de los problemas y las lanzas de los enemigos nos van a destruir; la fe nos lleva a exclamar: “*Si Dios es por nosotros, ¿Quién contra nosotros?*” (Ro. 8:31), o a creer lo que Dios ha dicho: “*Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán. Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti*” (Is. 43:2).

- Hemos visto que el comienzo del camino de la fe del pueblo Israel, recién sale de la esclavitud egipcia, estuvo caracterizado por duras pruebas. De la misma manera el inicio del caminar de fe un nuevo creyente se verá obstaculizado por profundos mares rojos o por ejércitos de enemigos que luchan para destruir tu incipiente fe. Estos mares o ejércitos pueden ser tus propios familiares, los cuales se oponen con todos los medios para que no sigas a Cristo, o puede ser un empleo bien remunerado en el cual te ponen a trabajar los domingos y así no puedas congregarte. O pueden ser pecados arraigados de los cuales te ha sido difícil desprenderte. Estas son adversidades profundas, y no fáciles de superar, pero si te mantienes creyendo en el Poderoso Jehová y le amas con todo el corazón, anhelando con sinceridad hacer su Santa Voluntad, verás como el mar se abre en dos para que camines en seco y como echará en las profundidades del mismo a todos tus enemigos.